

RELATOS de carnaval

ZUAAS



ZUAAS

**Premio Estímulo a la Creación Literaria, Mención Narrativa
Centro Nacional del Libro de Venezuela (CENAL)**



Barquisimeto, Venezuela, 2024

Relatos de carnaval

Coordinación, recopilación y edición:
Félix Gutiérrez / Andreína Alcántara

Autores

Eglée Herrera Trompetero/ Hamlin Jordan Smith/
Benigno Villegas Méndez/ Flora Ovalles Villegas/ Nelson
Ures Villegas/ Teresa Ovalles Márquez/ José Matheus
Briceño/ Fanny Salom Arcila/ Andreína Alcántara
Hernández/ Félix Gutiérrez Canelón/ Marlenis Castellanos
Querales/ Glexsy Ynsú Dugarte/ Mariangélica Delgado
Vilera/ Carmen Beatriz Pacheco/ Myriam Collantes de
Terán Martínez/ Artidoro Gracia Vilches/ Miguel Pepe
Rodríguez/ Zuraya Ramírez Dala

Escritor invitado: Gonzalo Fraguí



Barquisimeto, Venezuela, 2024

Relatos de carnaval

ISBN: 978-980-18-3861-6

Depósito legal: LA2024000039

Imagen de la portada:

Orlando Paredes

Diseño y diagramación:

Andreína Alcántara

Corrección:

Adriana Heras

Edición y producción:

Laboratorio Permanente de Lectura y Escritura
de Microrrelatos Zuaas

Contra Viento y Marea Ediciones
contravientoymareaediciones@gmail.com
Barquisimeto, estado Lara

Redes sociales:

Instagram: contraviento_marea

Facebook: @cvymarea

<https://www.youtube.com/@contravientoymareaedicione8873>

<https://literaturalibroslecturanovedades.art.blog/>

Hecho en Barquisimeto, estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela

Índice

Prólogo.....	7
Preámbulo.....	8
El carnaval de Rosalino.....	9
Benigno Villegas Méndez	
El profesor Sanguinetti.....	10
Hamlin Jordan Smith	
Una tarde de febrero	11
José Matheus Briceño	
Los carnavales de mi pueblo.....	14
Mariangélica Delgado Vilera	
Una roja y otra amarilla.....	16
Fanny Salom Arcila	
La rebelión de los feos.....	18
Marlenis Castellanos Querales	
El bochinche con el agua.....	19
Zuraya Ramírez Dala	
La primita de Piolín.....	21
Glexsy Ynsú Dugarte	
La falda de los romanos.....	23
Félix Gutiérrez Canelón	
La foto de carnaval.....	25
Flora Ovalles Villegas	

El carnaval de Anita.....	27
Eglée Herrera Trompetero	
Mi vida como delfín rosa.....	28
Andreína Alcántara Hernández	
Noche de carnaval.....	30
Myriam Collantes de Terán Martínez	
Y la plaza se llenó de tarde.....	32
Artidoro Gracia Vilches	
Ditirambo.....	34
Teresa Ovalles Márquez	
Mi reina de carnaval.....	35
Nelson Ures Villegas	
Carnavales sin brechas	38
Carmen Beatriz Pacheco	
Sarna con gusto no pica	40
Miguel Pepe Rodríguez	
Más relatos de carnaval.....	41
Toque de queda.....	42
En su propio caldo.....	44
Ramón y Brenda.....	46
Era martes de carnaval.....	48
Chancletas cambiadas.....	49
Noche de desvelos.....	50
MicroBiografías.....	51
Autores.....	54

Prólogo

Relatos de carnaval forma parte de una serie de publicaciones sobre épocas emblemáticas del año, que iniciamos en diciembre del 2022 con relatos sobre la Navidad.

Las fiestas en homenaje al Rey Momo constituyen una temporada en la que se pone de manifiesto nuestro espíritu más festivo, mostramos con disfraces los personajes de la historia en los que nos proyectamos y en otras ocasiones los *alter ego*.

También alimentan el espíritu de este tiempo las pintorescas fiestas de carnaval de pueblos y ciudades de la niñez, la juventud o época adulta, los desfiles de carrozas y comparsas, los disfraces y el infaltable "juego" con agua, a veces con otras sustancias menos cándidas.

Estos contextos componen el abanico de la nueva publicación de nuestro laboratorio narrativo, integrada por veinticuatro historias contadas por diecinueve autores a través del grupo de mensajería instantánea microRELATOS, plataforma a través de la cual operamos.

Incorporamos, en esta obra, a un invitado especial y muy apreciado por nosotros, el poeta y escritor merideño Gonzalo Fraguí. Esperamos que estas nuevas historias relatadas por los integrantes de nuestro laboratorio narrativo sean del goce pleno de los lectores.

Félix Gutiérrez / Andreína Alcántara

Coordinadores del Laboratorio Permanente
de Lectura y Escritura de Microrrelatos Zuaas

Preámbulo

Salí del apartamento con el balón de futbolito y la firme intención de liberar el *stress*. Esperaba jugar un poco con los niños, los únicos a los que a veces puedo ganarles. Y es que los chicos del edificio, cuando escuchan un balón, abandonan sus quehaceres como abejas en busca de néctar.

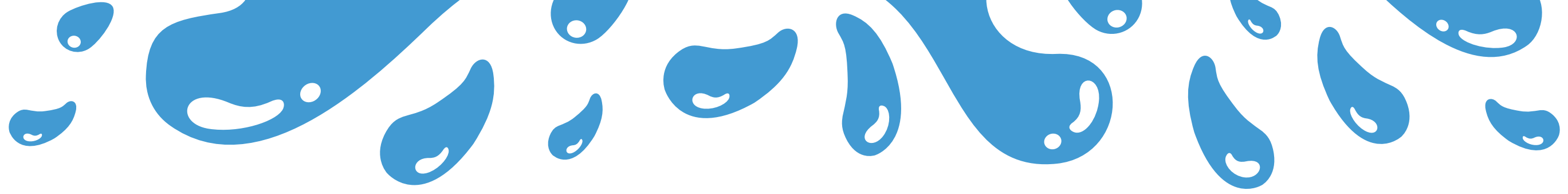
Al rato de patear el balón empecé a sorprenderme. Nadie bajaba. Entonces metí toda la bulla que pude, pateaba fuerte contra el alambrado, que sonaba ante el impacto, pero nadie se asomaba. Ni siquiera el gordito que siempre está solo y, de vez en cuando, me hace señas para que baje con el balón. Yo le digo lo que dicen, desde otras ventanas, algunos niños castigados: «Es que no me dejan salir». Él se ríe, no me cree.

Pero hoy el gordito no me paró. Pasó junto a la cancha, armado con una gigantesca ametralladora de colores que disparaba agua con la potencia de un camión cisterna. Corría agazapado y asomaba la cabeza con cuidado, como hacen en las películas, ansioso de lanzarse a un supuesto combate. A lo lejos se escuchaban explosiones y gritos de rabia o de victoria.

Y así, mis antiguos y fieles compañeros de juego ahora ni me veían. Corrían cegados por esa extraña pasión que genera todo tipo de guerra, sobre todo en estas batallas donde las armas más comunes eran unas granadas de fragmentación que explotaban en las espaldas o en las piernas del máspreciado de todos los objetivos: las muchachas.

Luego de una hora de juego solitario sentí, en efecto, que hoy no iba a venir nadie. Ahí fue que decidí regresar a casa con el balón bajo el brazo. Había llegado el carnaval.

Gonzalo Fragui



El carnaval de Rosalino

BENIGNO VILLEGAS MÉNDEZ

Veintidós días: nuevo récord. En eso pensó Rosalino sentado ante la mesita, donde todas las mañanas su mujer le servía el café sin azúcar que acostumbraba a beber en el descascarado pocillo de peltre que, desde hace veinte años, se trajo de casa de su madre. «La mesa y el pocillo llegaron juntos», recordó.

Ese día, lunes de carnaval, su cabeza estaba en modo numérico. Todo se traducía en guarismos. Dos tanques, diez dólares; doce botellones, cuatro dólares. «¡Coño! Y falta el agua de la piscina plástica, ahí se me van cuatro dólares más, porque esa verga mete cuatro pipas. Estos carnavales están más secos que los Médanos de Coro», suspiró, añorando los días playeros de vacaciones que nadaban en su memoria.

Otro sorbo y el pocillo también se quedó seco. De repente, escuchó murmullos y risas que se colaban desde el frente de la casa. Su mujer le gritó:

—¡Ros, llegó el agua! —y él, como quien no escucha, preguntó:

—¿Qué?

—Papi, ¡llegó el agua! ¡Apurate, conectá la bomba!

Rosalino se levantó, caminó hasta el frente de la casa y vio los charcos sobre el maltratado asfalto. «Ya comenzó la botadera de agua, ahora sí llegó el carnaval», dijo sonriendo.

El profesor Sanguinetti

HAMLIN JORDAN SMITH



Tuve la oportunidad y el honor de ser vecino y alumno de Rafael Sanguinetti, geólogo prestado a la matemática, y uno de los profesores más respetados del liceo.

Uno de esos días, en los que era obligatorio «inducir» el aumento de los días libres por carnaval, las bombas de agua llovían por doquier... Y el profe Sanguinetti fue el blanco de una de ellas.

El trayecto: unos cincuenta metros. El premio: una caja de cerveza. La precisión fue sublime: en todo el cogote. Mis sentimientos: una mezcla entre admiración, vergüenza, risa y temor.

En medio de su rabieta, el profesor me llamó aparte y me preguntó:

—Jordan, ¿tú estabas en ese grupo? Por favor, dime quién fue.

—¡Sí, cómo no!, pero en cinco años se lo digo —le respondí.

Y así fue. Cinco años después, el día de mi matrimonio, ambos nos reímos del episodio.



Una tarde de febrero

JOSÉ MATHEUS BRICEÑO

Una de las épocas del año que más nos gustaba era el carnaval. Desde pequeños nos divertía muchísimo disfrazarnos, convertirnos en distintos personajes o simplemente ocultar nuestras identidades bajo un antifaz o una máscara de papel que hacíamos en casa o en la escuela.

Nos emocionaban tanto esos días, por los disfraces y templetes, comparsas y carrozas que pasaban por las calles y avenidas de nuestro barrio.

Entre la ropa vieja de los abuelos buscábamos corbatas, trajes gigantescos, zapatos y gorros; los sombreros también servían de atuendo y, con el maquillaje desgastado de mamá, nos pintábamos como vampiros, payasos, mimos, zombis, vaqueros, faraones o cualquier superhéroe del momento.

Las fiestas comenzaban temprano en la escuela, por eso había que madrugar y, en la tarde, los desfiles y comparsas eran frente a la casa. Esperábamos un largo rato sentados en la calle, disfrazados, para ver a las reinas, las agrupaciones musicales, los montajes de cada comparsa, y para recibir la lluvia de caramelos, papelillos y serpentinas que lanzaban desde las distintas carrozas que paseaban, durante horas, por las avenidas del sector.

También nos divertía mucho jugar carnaval, mojarnos unos a otros en la casa y con los vecinos de la cuadra. Cuando aparecieron las bombas de agua, llenábamos un paquete completo y salíamos con un tobo a bombardear a todo el que pasaba por la calle.

De los disfraces y comparsas pasamos a las bombas. Nos emocionaba mucho poder mojar a la muchacha que nos gustaba o a la vecina que nos caía mal. Bombas iban y venían. Algunas no solo mojaban, también pegaban duro y dejaban la piel enrojecida y ardiendo.

Desde la platabanda del edificio lanzábamos con precisión, hasta la acera del frente (calculo que unos treinta metros), nuestros proyectiles cargados de agua. Las víctimas, además de mojadas, terminaban con dolor, debido al impacto de las bombas.

Recuerdo el día que se acabó el carnaval. El primo Chiche, Hugo y yo llenamos tres paquetes de bombas y, escondidos de mamá, nos fuimos a la azotea. Con magistral puntería disparábamos las bombas, que agarraban gran velocidad por la altura en la que estábamos.

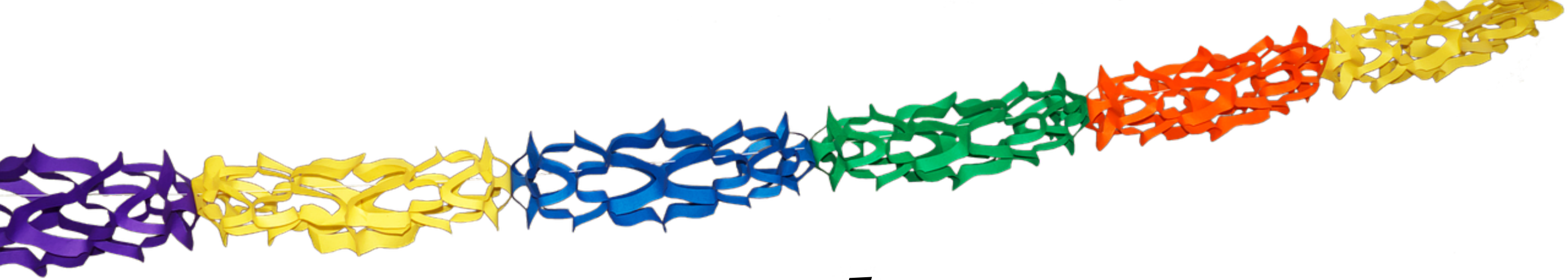
Ya habíamos mojado a unas quince muchachas. De pronto, vimos el escultural cuerpo de una joven que se desplazaba hacia una camioneta, y se convirtió en un blanco fácil para nosotros. Logramos mojarla con tres disparos. El último no solo la empapó, sino que fue el de la desgracia... y el fin del carnaval.

Hugo, con su zurda poderosa, logró impactar a la joven en la cara y le produjo una fuerte contusión que la dejó tirada en la calle. Nos agachamos para no ser descubiertos, y nos percatamos de que el padre de la muchacha se había bajado con una pistola para buscar a los responsables de aquel daño.

Escuchamos unas detonaciones y decidimos huir. El padre de la joven, enardecido, ya venía por las escaleras hacia la platabanda. No tuvimos opciones ni tiempo. Para salvar nuestras vidas debimos sumergirnos en un inmenso tanque de agua que surtía a todas las viviendas del sector, y aguantar agarrados del borde, sin hacer ningún ruido, por más de una hora.

A eso se sumó la paliza que nos dio nuestra madre, luego de que el padre de la joven se marchara, insultando a todos y amenazando con matar a los responsables si los encontraba.

Hasta ese día duró nuestra celebración de carnaval. Aquella ilusión de disfraces, comparsas y juegos terminó convertida en tragedia por la imprudencia de tres jóvenes inconscientes a quienes acompaña, desde entonces, el mal recuerdo de aquella tarde de febrero.



Los carnavales de mi pueblo

MARIANGÉLICA DELGADO VILERA

Francamente: costumbres caraqueñas en honor al Rey Momo, con gente lanzando agua desde las ventanas de un edificio, guerras con pintura, orina o harina en lugares públicos; que te atapucen un puñado de papelillos en la boca o te bañen la cara de espuma mientras vas conversando con alguien... En lo personal, todo eso hace que prefiera quedarme en casa.

Recuerdo que en mi pueblo los carnavales eran otra cosa, y yo lo viví desde todos los ángulos posibles. Como buena hija de costurera, fui bombera, bailarina, tulipán, indiecita, angelito, payasa, muñeca de trapo y más.

A mis tres años supe que eso de ser reina, en la parte más alta de la carroza, sonriendo y moviendo la manito, no era para mí; aunque el cargo viniese acompañado de una hermosísima capa roja de terciopelo y una corona.

El ser parte de una carroza era otro nivel, pero la mejor experiencia se vivía con el vulgo, lejos del trono, lanzando caramelos a los espectadores e intercambiando papelillos.

Integrar una comparsa, sin duda, te acercaba aún más a la gente, y en una edad en la que no existe el cansancio, se puede recorrer el pueblo con la sonrisa de oreja a oreja, por la satisfacción que te generan quienes salen a tu encuentro, presurosos, para vociferar, aplaudir o saludarte.

Fui también la adolescente que con tan solo un antifaz, un maquillaje estrafalario o un accesorio colorido, iba sentada en

la puerta del Nova de su abuelo, con medio cuerpo afuera, golpeteando el techo al ritmo de la música en la sección improvisada de los desfiles, a la que se sumaba todo el que estuviese presto al bochinche.

Y ya de adulta, tuve el papel de espectadora. Corrí hacia el desfile con la ilusión intacta, la esperanza de agarrar caramelos y dispuesta a ser sorprendida por la creatividad, plasmada en maquillajes, trajes, carrozas y en el rostro de los participantes que, inmersos en sus personajes, irradiaban tanta dicha que era imposible no contagiarse.

Recuerdo a un joven que se disfrazó como el papa Juan Pablo segundo, y recorría el pueblo repartiendo bendiciones, con tanta propiedad, que mi mamá, después de santiguarse, dijo «amén» y luego, en respuesta a la expresión de mi rostro (mezcla de burla y sorpresa), continuó: «A una bendición siempre se le responde hija, uno nunca sabe si va pasando un ángel y la escucha».

Cada día, al final de la jornada, boconeses y turistas de todas las edades, terminábamos en el parque ferial, disfrutando de las atracciones mecánicas a precios solidarios y de los kioscos de los que, con suerte, podías salir con algún recuerdo.

El carrusel, el viaje a la luna, las sillas voladoras, las manzanas cubiertas de caramelo, el algodón de azúcar, las ventas de parrilla, las coloridas tarimas con música, concursos y premiaciones. ¡Qué sabrosos los carnavales de mi pueblo!

Claro que sufrí el impacto de una que otra bomba de agua, incluso, una vez me aplastaron un huevo en la cabeza cuando regresaba del liceo, sin embargo, jamás experimenté el psicoterror que ahora sí siento.

Para mí, no existe ninguna duda. El mundo, los carnavales y yo hemos cambiado, pero aun así, antes y ahora, como los carnavales de mi pueblo, no hay dos.

Una roja y otra amarilla

FANNY SALOM ARCILA



Mis cuentos de carnaval asociados con el agua no son muy agradables. Por eso he tardado en escribir. Nunca me gustó jugar con agua. Me siento víctima de esas bombas y baños inesperados, tal vez por eso, en mi memoria, no hay muchos recuerdos. Pero disfraces, sí.

Recuerdo varios de negrita, que eran muy usados; de muñeca, de bruja (durante la adolescencia), los famosos mamarrachos, que se armaban con la ropa de nuestros familiares mayores, es decir, con sombreros, zapatos y chaquetas grandes. Literal: todo un mamarracho.

Con respecto al agua, me acuerdo de varios episodios. Uno de ellos, el más desagradable, ocurrió cuando estudiaba en el Instituto Pedagógico de Barquisimeto.

Días previos a las vacaciones de carnaval, se iniciaba el ataque aéreo de bombas de agua, que no sabíamos de dónde salían, pero lograban su objetivo: mojar a los estudiantes, sobre todo a las mujeres.

En una ocasión, yo llevaba puesto un pantalón blanco y, al principio, logré salir ilesa. Subí al transporte que me llevaría desde mi centro de estudios hasta mi casa. Me bajé creyendo haberme salvado de los bombazos, pero, para llegar al edificio donde vivía, debía atravesar una cancha. Allí estaban al acecho buena parte de los jóvenes de la época, con tobos llenos de bombitas de agua.

Yo, al verlos, temía lo peor. Pasé la zona peligrosa al lado de los jugadores de agua. Suspiré y dije: «Me salvé». Pero cuando casi cruzaba la línea de fuego, en este caso de agua, llegaron a mis nalgas dos bombas de colores diferentes, una roja y otra amarilla, que mancharon mi pantalón blanco y me dejaron un gran dolor en las pompis. Tenían muy buena puntería.

Seguí, sin voltear. Oía las risas. Estaba que reventaba de la rabia e indignación. Llegué al apartamento y llamé a la policía. Al rato oí las sirenas y luego un gran silencio. Al día siguiente corría por la urbanización el rumor de que se habían llevado a los muchachos que estaban, «sanamente», jugando carnaval en la cancha. Nadie supo que yo los había denunciado.



La rebelión de los feos

MARLENIS CASTELLANOS QUERALES

Durante muchos años deseé con todas mis fuerzas que el carnaval desapareciera. Que una mano poderosa lo eliminara, en especial entre la zona que iba desde el Liceo José Antonio Páez, de Acarigua, hasta mi casa, en el barrio Paraguay. Mi inútil fantasía consistía en cerrar los ojos una noche y que, al despertar al día siguiente, ya fuera Miércoles de Ceniza. Nada de eso ocurrió.

A lo largo de cinco años padecí por el miedo y la persecución de las bombas de agua a la salida del liceo... aunque, cuando echo el tiempo hacia atrás y pienso en ello, lo que recuerdo en realidad es el terror que compartía con mis dos amigas al escoger una de las salidas de la institución y poder escapar dos veces al día, para luego caminar media hora bajo el acecho de los proyectiles acuáticos.

A decir verdad, nunca me mojaron con las bombas. Y si veo la historia con cierta frialdad, creo que los proyectiles no eran dirigidos a nosotras. El blanco eran las chicas bonitas, altas, grandotas, más adineradas o más populares. Nosotras éramos como un rebaño que pastaba por el prado sin molestar a nadie.

Así que he terminado por creer que el bombardeo de los varones hacia las mujeres bonitas era una rebelión de los feos.



El bochinche con el agua

ZURAYA RAMÍREZ DALA

Los carnavales de Barquisimeto, en los años 50, eran hermosos, muy coloridos, con carrozas y comparsas. Nosotros vivíamos en la avenida 20, entre calles 31 y 32, y en aquella época de mi primera juventud, el presidente del Gobierno era Marcos Pérez Jiménez.

Recuerdo de manera muy especial una celebración de los carnavales de aquella época porque resultó electa como reina Rosa María Rodríguez, una joven barquisimetana, cuya familia estaba integrada por varias hermanas, a las que llamaban las Pocholas. No sé por qué les decían así, pero eran muy populares en la ciudad.

En esos carnavales montaban a las reinas en el camión de los bomberos y estos las paseaban por las calles, en compañía de las carrozas y las comparsas. La gente se vestía con distintos disfraces, y no faltaban las famosas «negritas».

Un médico muy reconocido, llamado Pedro Adrián Santeliz, se disfrazaba de pordiosero, acompañado por otros personajes populares de Barquisimeto, quienes marchaban convertidos en mendigos, con latas que les colgaban del cuerpo. Así, se incorporaban a los desfiles de aquellos carnavales, en los que tiraban muchos caramelos y serpentinas.

Fue durante las celebraciones de esa época cuando se comenzó a jugar con agua en Barquisimeto. ¿Quiénes iniciaron lo que después se convirtió en una tradición? ¡Los

mismísimos bomberos! No sé por qué razón, ese año, a los que andaban en el camión les dio por abrir el agua y, con las mangueras gruesas y largas, empezaron a bañar a todo aquel que se atravesara en la calle, con la reina montada en el camión. Qué desastre.

A mi abuela materna, que era libanesa, tan seria y tan bella, le echaron una bañada que casi la tumban. A partir de esa época, los carnavales en Barquisimeto se empezaron a celebrar con agua. Ni las abuelas se salvaron.

La primita de Piolín

GLEXSY YNSÚ DUGARTE



Cuando llevaba a la guardería a mi hija Andrea, quien iba disfrazada de la primita de Piolín, el color amarillo del traje encendió el instinto cazador de los perros de la cuadra. No eran uno ni dos, sino unos cinco perros callejeros que empezaron a ladrar mientras yo, cargada con pañalera, cartera y juguetes; no podía alzarla ni apurar el paso cortico de sus cuatro añitos.

La guardería de Consuelito no estaba tan cerca. Luego de bajarnos en la parada del autobús, en la avenida Libertador con Bracamonte, los perros nos vieron cuando atravesamos la calle frente a la entrada del complejo ferial que, ese día, me pareció infinita.

Andrea se mostró inocente a todo solo al principio, pero luego entró en pánico, aunque no lloró. Yo, cada vez más nerviosa, aceleré la marcha hasta donde pude, pensando qué hacer para que esos perros dejaran de ver a mi muchachita como un pollo gigante o como un bicho enemigo de dos patas, no lo sé.

Entonces recordé que los perros se envalentonan cuando captan nuestro miedo, así que me dije: «¡No, qué va, primero me les enfrento yo!». Con un alarido decidí descargar toda mi adrenalina, mi susto, mi estrés. La solté a ella un momentico, me giré y usé una voz de mando perruno, sacudiendo todo cuanto llevaba encima.

No sé qué les dije, pero se fueron, y nosotras seguimos caminando agarraditas de la mano.

Mientras yo abandonaba mi personaje de perra alfa, Andrea, sudadita del susto, pero con actitud retadora, me dijo: «Mami, la próxima vez me disfrazas de elefante y, si nos vuelven a salir, los aplasto con un solo pisotón».

La falda de los romanos

FÉLIX GUTIÉRREZ CANELÓN

A Marina Espinoza



A mí, de niño, siempre me gustaron las faldas de los romanos, las de los soldados de la antigua Roma.

Luego, de adulto, supe que se llamaban togas, y que eran vestimentas más complejas, sin embargo, para mí, eran faldas como las que usaba mi hermana.

Pero no me las podía poner, aunque fuese para jugar a los soldados romanos en el patio de mi casa, porque me llamarían maricón y, seguramente, mamá o papá me mandarían a quitármela de inmediato.

Por esa razón, en aquellos carnavales de los años setenta, encontré la oportunidad para saltar esas convenciones sociales. Le dije a mamá que quería disfrazarme de soldado romano, y era inevitable ponerme una falda porque, de lo contrario, no sería un soldado de aquel viejo imperio.

Por aquellos días no solo llevé falda, sino también las sandalias de mi hermana, una espada, un escudo y un casco romano.

La vecina de la casa, que era costurera, además de una católica muy devota, solo puso una condición para hacerme aquel maravilloso traje y sus accesorios.

—¿Cuál, señora Marina? —le pregunté, jurándole de antemano cumplir fielmente lo pedido.

—Si te toca ser del grupo de soldados romanos que llevan a Jesús a la vieja Jerusalén para su ejecución, rebélate, como una vez lo hizo el gran Espartaco.

Yo no entendí nada, pero en aquellos carnavales fui un niño feliz: un soldado del Imperio Romano que luchó con espada, escudo y con lo más hermoso: con una aguerrida falda.



La foto de carnaval

FLORA OVALLES VILLEGAS

Carnaval, en mi casa, siempre fue sinónimo de disfraz. Nunca supimos cómo mi madre, después de cumplir hasta tres jornadas laborales como socióloga, docente y planificadora, llegaba a casa armando vestuarios con lo que hubiese.

Mis hermanos y yo nos convertimos en indígenas, Nefertiti, perros, gatos, Miriam Makeba, chinos, japoneses, toreros, payasos, espadachines, muñecas, piratas y lo que estuviera de moda, pero versión Popina: mi mamá.

Los trajes eran de pies a cabeza, con detalles, desde tocados elaborados y calzados. Nos hacía todo sin gastar dinero, además de buenísimos maquillajes. Ganábamos premios por los detalles y la originalidad.

En preescolar fui una indígena apache y mi mamá confeccionó el traje de mi muñeco, al que convirtió en mi hijito e iba maquillado y ataviado también. Lo llevé colgado en mi espalda, en una especie de morralito hecho con cuero.

Pasaron los años y el recuerdo se manifiesta en mi oficio de actriz a la hora de resolver cualquier montaje.

Casi treinta años después, por las redes sociales, me llegó un mensaje en el que me preguntaban: «¿Eres Flora Ovalles, la del Experimental?».

La emoción de que alguien de primaria me recordara, me animó, así que contesté: «¡Sí!, ¿tú quién eres?». Pasaron unos minutos y por respuesta me llegó una foto de un precioso

perro dálmata en cuatro patas con la lengua afuera y, a su lado, estaba yo, disfrazada de apache, sosteniendo la correa que tenía en su cuello.

Esa persona confesó haberme buscado toda la vida para reclamar lo que habían hecho las maestras del preescolar con esa foto, que fue la mamadera de gallo desde que sus hermanos la descubrieron. Pero nos encontramos para reír y retomar una amistad que solo tiene una prohibición: decir el nombre del modelo perruno de la foto carnavalesca.



El carnaval de Anita

EGLÉE HERRERA TROMPETERO

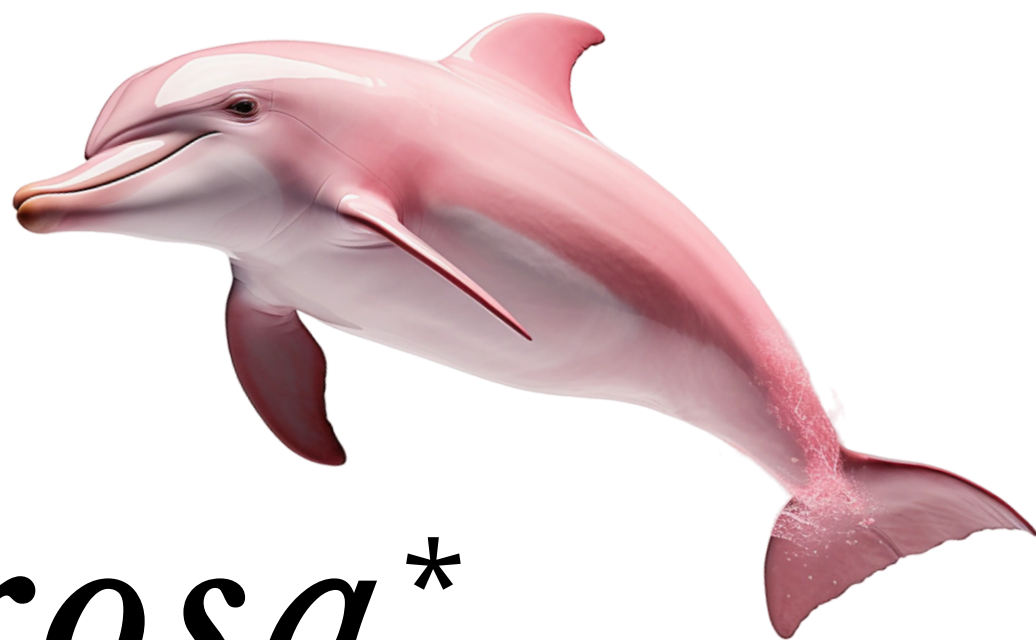
Por muchas razones, una de las fechas que más nos gustaba cuando estábamos pequeños, era la celebración del carnaval: la algarabía y picardía de todos nosotros por querer salir a mojar al que se atravesara en el camino, la adrenalina que nos brotaba por los poros cuando corríamos a toda marcha para tratar de lanzar la bomba de agua, y que le diera en la espalda o en la cabeza al elegido.

No se imaginan lo que hacíamos cuando no teníamos cobres para comprar la bolsita de las bombas. Una vez, mi hermana Anita se inventó llenar una bolsa de harina Pan, sacó el contenido y se dispuso a cerrar con cinta plástica Celotex cada uno de los orificios para evitar que se saliera el agua.

Logrado el cometido de llenar la bolsa amarillo pollito, esperó pacientemente a que Cheo, el vecino, saliera bien emperifollado. Esperó, esperó y esperó, sin embargo, en vez de Cheo, fue mamá la que se despertó de la siesta y mi hermanita desinfló calladamente la bolsa sin poder conseguir lo que tenía en mente.

Al minuto, salió el tan esperado vecino con un «¡hola, Anita!» y, con su mano alzada, le dijo: «Nos vemos mañana». La cara de mi hermana, al lado de mamá, era de «trágame tierra». Pero Anita tuvo más momentos para lanzar, a varios vecinos, otras bolsas de agua.

*Mi vida como delfín rosa**



ANDREÍNA ALCÁNTARA HERNÁNDEZ

Por aquellos días de febrero cumplía mi viejo sueño de navegar por el Amazonas brasileño. A mí, que siempre fui una defensora a ultranza del ecosistema, me seducía la idea de recorrer la inmensidad de las aguas selváticas en una curiara que atravesara en silencio sus legendarias y exuberantes rutas.

Recuerdo que tras varias horas de mágico trayecto, hicimos una parada en un rincón hermoso, rodeado de árboles gigantescos y una vegetación que solo era posible imaginar en el Paraíso. Aproveché para alejarme del grupo que me acompañaba y sumergirme en un lugar de absoluta quietud.

Disfrutaba de la naturaleza en todo su esplendor, acompañada de una paz extraordinaria. Cerré los ojos para meditar. Me sentía pequeña ante tanta inmensidad, ante tanta belleza, ante tanto equilibrio natural, cuando escuché el zarandeo de las aguas y vi emerger de ellas a un ser enorme y fantástico: un delfín rosa, un boto que salió del río y se posó a mi lado, transformándose de inmediato en un hombre alto y apuesto.

Quedé muda y presa del asombro cuando se paró frente a mí, tomó mi mano temblorosa y, con un gesto amoroso y seductor, me invitó a nadar en las profundidades del río. La curiosidad y mi siempre insaciable sed por lo desconocido, me llevaron a borrar cualquier temor y a lanzarme a la corriente con aquel mutante que salió de la nada.

Aguas adentro, me percaté de que ya no era la misma, ambos nos convertimos en dos hermosos e imponentes delfines rosados que se descubrieron nadando felices y enamorados junto a cientos de preciosos cetáceos que nos rodeaban y daban la bienvenida a un mundo inexplorado para mí.

Desde ese día, mi vida como ser humano se terminó, nadie supo nunca más de mí. Siento pena al pensar que me buscaron durante muchos años y, luego de tanto esfuerzo y sufrimiento de mi familia, me declararon desaparecida.

Aunque el sentimiento de culpa me asalta cada cierto tiempo, admito que desde que me perdí, encontré la felicidad en el Amazonas. Me convertí en madre de varios delfines rosa que viven conmigo y con mi pareja delfín en la ciudad encantada de las aguas.

Me emociona ver que nuestra familia cetácea crece en forma permanente y con ello enfrentamos el riesgo de que nuestra especie desaparezca, porque muchos aseguran que en tan solo cincuenta años ya no existiremos sobre la faz de la tierra.

Para afrontar este peligro, no solo las hembras damos a luz muchísimos delfines rosa, sino que, en febrero, mis hijos salen siempre a la superficie los lunes y martes de carnaval.

En esos días se convierten en simpáticos y habilidosos seres humanos que tienen la maestría de persuadir a los turistas y también a los depredadores del ambiente que se asoman por el Amazonas. Los incitan para que se sumen a nuestra familia de toninas y puedan descubrir todos los días la infinita belleza y los prodigiosos secretos de la selva.

*Según la leyenda brasileña, los botos son delfines rosados que habitan los ríos del Amazonas. De acuerdo con el mito popular, son criaturas con poderes sobrenaturales capaces de transformarse en hombres guapos durante las fiestas de carnaval, con el objetivo de seducir a jóvenes mujeres para luego retomar su forma original y desaparecer. Hoy, esta especie se encuentra en peligro de extinción por la destrucción de la cuenca amazónica.

La noche de carnaval



MYRIAM COLLANTES DE TERÁN MARTINEZ

Aquel día, la jornada laboral había sido especialmente agotadora y volvía a casa, exhausto, bien entrada la noche. Era normal: estábamos en Venecia y en carnaval.

Una avalancha de turistas se había apropiado de cada uno de los rincones de la ciudad, con el fin de extraer el espíritu de los ensueños de sus muros. Se olvidaron de que son fríos y reales.

Pese a que ya había llegado la madrugada, era complicado caminar por las calles. Todo estaba abarrotado de gente con los más variopintos atuendos. Algunos menos elegantes que otros. Cientos de personas con las típicas máscaras venecianas en diversas versiones.

Por eso, decidí tomar un atajo a través de escondidas callejuelas que llevaban directamente al lugar donde cogería el taxi acuático.

Los ruidos festivos contrastaban con la tranquilidad y la oscuridad de las aguas. Me perdí en mis pensamientos mientras las observaba cuando, de pronto, escuché los pasos acelerados de unos zapatos de tacón.

Alcé la vista y descubrí a una muchacha ataviada con un hermoso disfraz amarillo inspirado en el siglo XVIII. En su pelo, una larga peluca plateada; en su rostro, una máscara dorada, tan brillante, que podía apreciar cada una de sus piedras desde la distancia.

Situada al fondo de la estrecha callejuela, rodeada por las sombras, su resplandor sobresalía como si se tratase de una nueva esperanza o la luz de una ilusión. Me miró sonriendo, y se inclinó elegantemente:

—*Signore.*

Le devolví el saludo con una incrédula sonrisa y ojos llenos de admiración. Jamás había visto algo así. Ella seguía sonriendo y repitiendo insistentemente: «*Signore, signore...*».

—*Signore, signore... ¿stai bene?*

El conductor del taxi acuático me zarandeaba tratando de despertarme. Sin darme cuenta, me había caído al suelo del cansancio y, no sé por cuánto tiempo, me había adentrado en un profundo sueño.

Me levanté un tanto confundido y volví a mirar al rincón donde se me había aparecido aquella majestuosa visión. Parece ser que, al final, es cierto que estos muros albergan espíritus que salen a nuestro encuentro durante los sueños.



Y la plaza se llenó de tarde

ARTIDORO GRACIA VILCHES

Aunque ya faltaba poco para que se metiera el sol, la luz venía del oriente, de por allá del golfo. Alguna claridad estaba en el poniente, donde ya rayaba el sol. Pero era tan débil su reflejo, que no alcanzaba a pintar la tarde. Tenía un brillo opaco.

Yo volteaba de un lado a otro tratando de ubicarme, con esa costumbre extraña que tengo de vaquero de buscar el Norte por la posición del sol. Me confundió la luz de esa tarde rara.

La claridad del Golfo de México, remarcó la arcada en los portales y se combinó con las luces de las farolas que en ese momento alguien encendía.

Era la entrada del carnaval que llegaba al puerto de Veracruz, llenándolo de pájaros, de marimbas con canciones jarochas, de palomas que aterrizaban en las baldosas para pepenar las migajas del pan que una señora les desparramaba por el piso recién barrido, del llanto de un niño que lloraba con los cachetes blancos, recargado a una fuente, de sonidos de los vasos de cristal golpeados con las cucharas pidiendo más café lechero, de largas y grandes hojas de las palmas arqueadas hacia abajo, de mesas en los portales llenos de comensales con la boca repleta de cuentos y novedades, de globos aquí, de colores allá, de campanarios, de nidos, de calles peatonales, de una mujer entallada por los brazos del caballero, de trenzas prietas con moños colorados, de caldos

en los platos, de frijoles negros con camarones, de ceviche de robalo, de cervezas claras, de tequilas en vasos y vinos en copas, de un cubilete ruidoso, de dameros, de carretas en la vendimia, de arpas que chillaban, de cafeterías con meseros que corrían, de taxis quietos, de parejas con cantores, de una mujer que lloraba y alguien la consolaba, de nubes blancas, de jarochos, de los gritos en la escuela naval del viejo San Juan de Ulúa, de agua oscura en la bahía.

Era la fiesta del carnaval que llenaba la tarde; de muslos al baile, de hombros y caderas morenas, de cabelleras relamidas, de máscaras y confeti, de tamboras con trombones, de pleitos por los espacios reducidos para estar cerca de los jadeantes respiros del baile y la danza, de flautines, de piñatas y globos en cada esquina, de concursos de bailes y serenatas, de cantinas de largas noches, de bohemios contando entre dientes su propio carnaval de flores.

La fiesta completa llegaba con esa luz extraña. Solo faltaste tú para que llenaras el carnaval con tus muchos suspiros, que te hubiera arrancado la plaza que se llenó de tarde.

Ditirambo

TERESA OVALLES MÁRQUEZ



Caminar hacia la felicidad significa dar paso al sufrimiento para alcanzar dolores de parto con luces de colores que titilan en la orilla de tu estrella. Como el potro salvaje de mis manos escritoras, me libero en tu ausencia y bendigo el día en que te hablé y me hablaste.

A ti, pensador despierto, filósofo de mis prosas y de mis pasos, ya no sé hasta dónde quererte. Me hablaste para decirme que me amas y nací a la vida, a la alegría. El amor busca al amor mientras no haya resentimientos.

Extrañaba tanto estos días que son como la libertad y como el viento.

Me fui a mis inicios para adorarte y hablarte de mi amor inalcanzable. Quiero mirar tus ojos saltones desde el arcoíris de las tardes de carnaval.

Quise dolerte, quise sufrirte para llegar a ese momento en que se funden nuestros cuerpos. Evaluarás los disparates de mis manos. Y olvidarás el olvido.



Mi reina de carnaval

NELSON URES VILLEGAS

No quiero hacer el más mínimo esfuerzo por recordar la fecha de aquel carnaval, el cual conservo en memoria afectiva, pues así, sin día ni año específico, estará conmigo muy fresco, como si estuviera orbitando aún en un tiempo hecho brisa, cargada con aromas de eterno presente.

Espléndido sol el de aquella mañana, cuando mi madre, María Villegas de Ures, se coronó como reina de carnaval del Club de Abuelos y Abuelas Dulce Esperanza. Ella forjó su reinado con esmero y mucho amor desde el día en que, junto a otras amigas de la tercera edad, formó parte de la fundación del club.

Es una agrupación que se ha mantenido muy activa hasta el presente, pese a que mi madre ya no está en este plano terrenal, pero allí sigue su inspiración, en procura de mejorar la salud física y mental de los viejitos en la comunidad de La Carucieña, al oeste de Barquisimeto.

Se congregan allí personas afectadas por diabetes, padecimientos cardiovasculares y esa soledad tan frecuente en este tránsito de la vida. Desde hace unos cuantos años se reúnen y transmiten una alegría que contagia; bailan, hacen ejercicios, organizan paseos y son ejemplo de una consecuente solidaridad entre ellos mismos y con otras personas de la comunidad. Como símbolo, se construyó en pleno centro de la urbanización la plaza Solidaridad.

Ese club fue el refugio amoroso de mi madre luego de que falleciera mi padre, Segundo Ures, con quien compartió más de cincuenta años de matrimonio.

La mañana de ese día me llamó por teléfono y me dijo: «Hijo, necesito que vengas hasta la iglesia, al lado del ambulatorio, para que compartas con nosotros la celebración del carnaval».

No le podía fallar y, cuando llegué, ya la música del conjunto *Los amigos del recuerdo*, dirigido por el señor Cástulo, amenizaba el ambiente. Todo estaba dispuesto para ese memorable momento: los viejitos y viejitas, con simpáticos disfraces, parecían niños jugueteando en un recreo escolar.

Mi madre lucía hermosa, radiante. De inmediato me presentó, con gran orgullo, ante los asistentes: «Este es mi hijo, él es profesor y poeta...como yo». Me dio un poco de vergüenza aquella presentación, pues ante tanta sabiduría allí congregada, quería pasar desapercibido, pero rápidamente me hice parte de aquella fiesta y me sumé a la comparsa circulante, de donde brotaba el brillo de una edad sostenida en la ternura y la alegría.

En verdad los alborotos del carnaval nunca me llamaron la atención, tal vez porque en el barrio Los Colerientos, donde pasé parte de mi infancia, aquellos días eran protagonizados por pandillas que asumían, ataviados con grotescos disfraces, virulentas confrontaciones.

Aquel encuentro al que me incorporó mi vieja fue, para mí, la tabla salvadora de una tradición de tan humano arraigo y de tantas huellas perdidas.

Luego llegó el momento esperado: la elección de la reina.

Entre algunas simpáticas viejitas, mi madre resultó electa por aclamación y yo de verdad me sentí como parte de su cuento de hadas. Sonó la música, estallaron los gritos, volaron papelillos y, sin pausa, vino la coronación: María de Ures recibía el cetro y corona de su antecesora, la señora

Antonia Palma, una viejecita de más de 90 años, a quien honraron también con aplausos y mucha admiración.

Vino el baile, la algarabía de los disfraces y la degustación de sabrosos dulces y jugos elaborados con esmero por aquellas «muchachas» que se permitieron, junto a su «soberana», un día de inmensa felicidad y en el que tuve la dicha de participar.

¡Mujer celeste!, en este carnaval también fuiste mi reina, te vi bailar mientras la luna, Júpiter y Venus hacían su ronda para seguir entretejiendo fantasías.



Carnavales sin brechas

CARMEN BEATRIZ PACHECO

Mis recuerdos de carnaval se remontan a esos años de mi niñez, cuando nos juntábamos con los primos que llegaban de Barquisimeto. En la mesa, como quien no quiere la cosa, comenzábamos a lanzarnos chorritos de agua; claro, pendientes de que mi tía, que era muy huraña, no se diera cuenta, porque apagaría la insignificante llama de alegría que se estaba alzando.

En la parte de atrás de la casa había un pedacito de patio y como ella había escogido estar en cama *in saecula saeculorum*, sabíamos que allí no nos atraparía jugando carnaval. Éramos ocho chicos con una disposición incólume de pasarla muy bien.

Nadie nos había hecho disfraces y mucho menos existía un ambiente de fiesta, pero ustedes saben que cuando dos o más muchachos se juntan, ténganlo por seguro que allí hay bochinche.

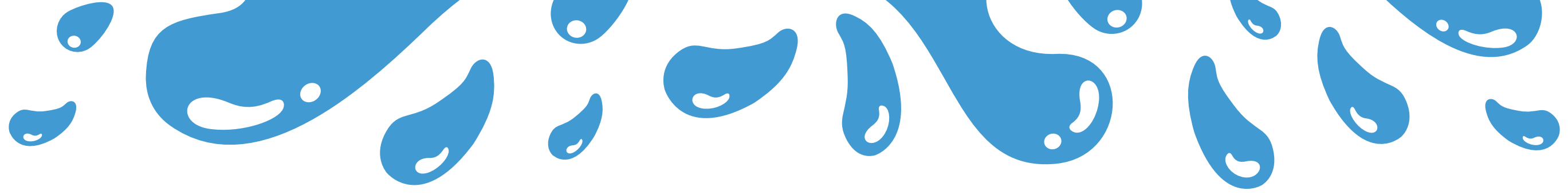
En el tendedero había ropa de mi abuela, de mi tía abuela y de la otra tía y, sin pensarlo, las tomamos e hicimos una parodia de lo que nosotros sentíamos era nuestra vida. A mi hermano lo vestimos como la tía que estaba en cama, quien era la más joven de ellas. Los otros agarramos lo que encontramos y nos pusimos los coletos en la cabeza para simular el cabello canoso.

Las risotadas llegaban hasta el mercado que está cerca de la casa. De repente, oímos el grito de la tía que estaba en cama: «¡Qué son esas risas, qué están haciendo!?!». Era tal su decisión de no levantarse, que le dijo a las otras dos viejitas que fueran a averiguar.

No tuvimos tiempo para sacarnos las ropas que teníamos encima. Todos corríamos de un lado para otro sin encontrar dónde escondernos. Nuestras viejitas llegaron y, al vernos pintados y vestidos con sus trajes y piezas íntimas, lejos de molestarse, lanzaron una carcajada que casi se orinan.

Sin pensarlo, esas dos mujeres de ochenta y tantos años se unieron al grupo y comenzaron a bailar como niñas, mientras que la del cuarto seguía gritando sin parar.

Ese fue el mejor carnaval porque lo disfruté con mis viejas queridas.



Sarna con gusto no pica

MIGUEL PEPE RODRÍGUEZ

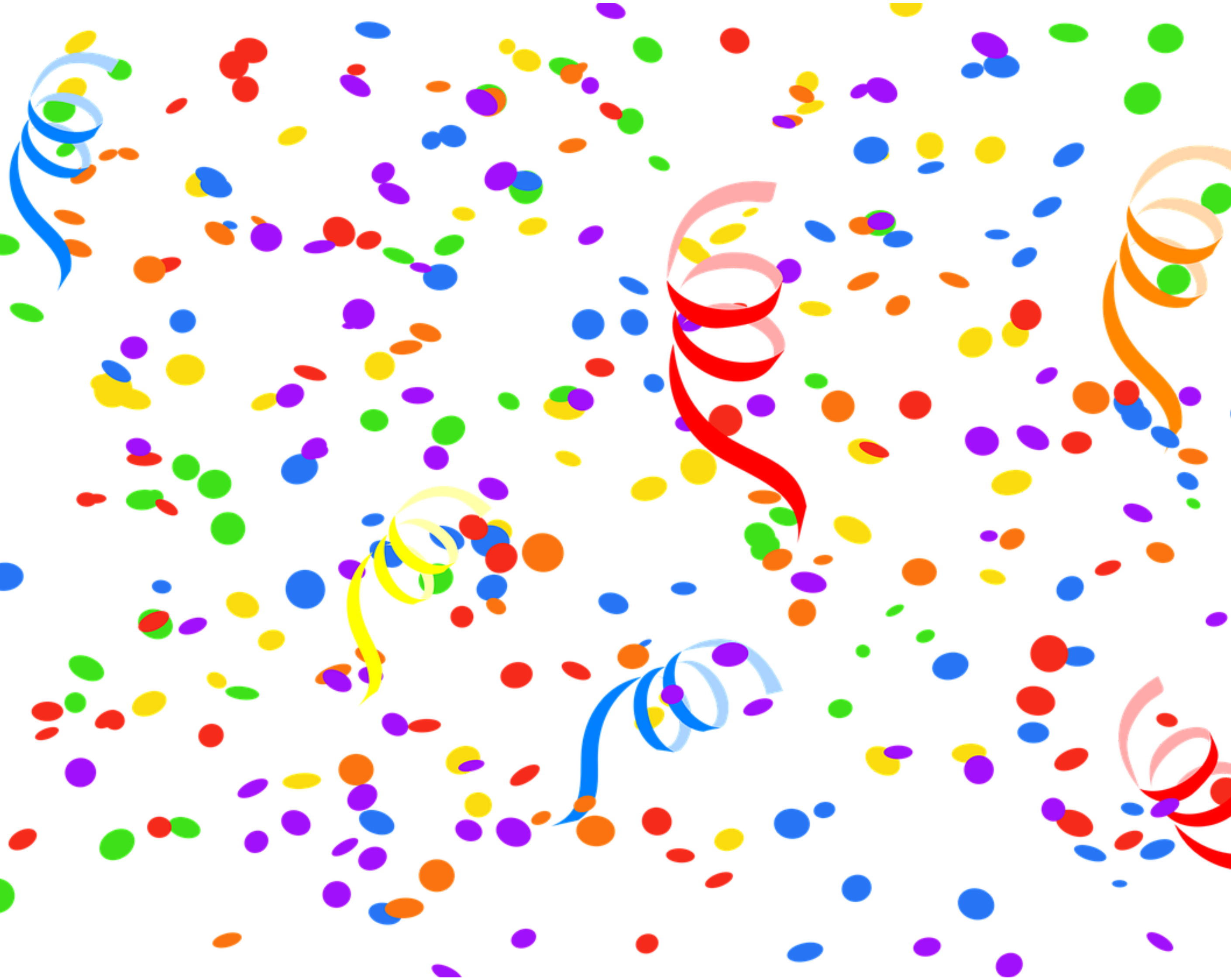
¿Cómo hago para entrar?, ella quitó la traba que le puse a la puerta para que no se cerrara y trancó con el pestillo. Debe estar como una tigre, ya van a ser las 7:00 de la noche, todos están recogidos y yo aún empapado y con frío, pero ¿cómo iba a perderme la alegría de jugar esa mañana?, ella siempre anda con la cosa de no dejarme salir por el peligro que hay en la calle y todo ese chalala.

Tuve que escaparme cuando vi que habían llegado Laura y Reina, las primas de Arcadito.

Los de la calle Los Higueroles jugamos toda la tarde contra Las Palmas, y ahora recuerdo la carrera por el medio de la acera, con la mano de Reina apretada, tratando de esquivar las bombas.

Tengo que volver a correr hasta mi cuarto. Como dice ella: «Sarna con gusto no pica».

MÁS RELATOS DE CARNAVAL



Toque de queda

Transcurría un caluroso y soleado carnaval cuando estudiaba el último semestre en la universidad y debía entregar el borrador de mi trabajo de grado.

En «SanFra», donde yo vivía, era terrible esa temporada del año porque se decretaba una especie de toque de queda: las muchachas más jóvenes del barrio no podíamos salir a ninguna hora del día, pues nos caían a bombazos de agua. Algunas de esas bombas estaban congeladas o contenían aguas putrefactas.

En mi condición de estudiante, dedicada y responsable, tuve que salir una tarde de mi casa a buscar a mi compañera de trabajo de grado. Iríamos juntas a entregar el borrador del informe final y solo había plazo hasta ese día, según lo anunciado por nuestro tutor, el muy exigente profesor Sirio Valbuena.

Era un largo trecho el que debía recorrer a pie. Salí muy nerviosa, temblaba de miedo, miraba para todos lados con mi carpetica en la mano y evitaba toparme con algún vecino, de esos asiduos jugadores del terrible «carnaval con agua», como le llamaban todos a la macabra práctica.

Recorrí con impaciencia un extenso trecho que se me hizo infinito. Iba casi invicta, sin un bombazo que me sorprendiera, tal vez por la quietud del momento: eran cerca de las 2:00 de la tarde, la hora de la siesta. Las veredas y calles lucían desoladas.

Comencé a sentirme confiada y segura de que ya no me mojarían y caminé con mayor tranquilidad, pero, al pasar por el costado de una casa que tenía un bahareque muy alto, sentí caer desde lo alto un gran chorro de agua que me

sorprendió: no solo me mojó de la cabeza a los pies, sino que empapó la carpeta y todas las hojas del trabajo de grado que con tanto amor había «tipeado» en mi maquinita de escribir marca Olivetti.

Miré hacia arriba llena de rabia e impotencia, pero no logré ver a nadie. El responsable se esfumó. Como desahogo, solo me quedó gritar cuatro o cinco groserías con sabroso y estremecedor acento maracucho.

Apuré el paso y seguí mi camino, llorando como una madre, aunque mis gruesas lágrimas no se veían, se confundían con el agua que aún chorreaba luego del chaparrón que me lanzó aquel insensible y cobarde desconocido, que no supo jamás el daño que le hizo a aquella tímida e indefensa estudiante del último semestre de periodismo.

Andreína Alcántara Hernández

En su propio caldo

En las mañanas siempre tuve estrategias cariñosas para despertar a mis hijos. Esto era muy especial para mí porque recordaba que, por ser nosotros cuatro hermanos y por la cantidad de trabajos y responsabilidades que tenía mi madre, daba gritos para levantarnos y esto me ponía muy alterada, así que dedicaba reverencialmente un momento dulce y tierno a mis hijos.

María Andreína se levantaba, se aseaba, se vestía rápidamente y se volvía a acostar, pues así tenía más chance para dormir; mientras que Alejandro se tomaba su tiempo para acomodarse.

Un día de escuela antes del carnaval, cuando ya nos íbamos, le pedí a Ale que llamara a su hermana y ella salió molesta, persiguiéndolo, porque él la despertó con una pistolita de agua y, por supuesto, la mojó.

Lo regañé, le quité el armamento y nos fuimos. Al día siguiente, viernes por cierto, repitió la tremendura y sacó la pistolita de donde yo la había guardado. Ahí el regaño fue más grande y determinante, la hermana lo quería agarrar por las mechas, y yo me vi obligada a meter el arma agresora en mi cartera y llevármela al trabajo.

El sábado, cuando todos dormíamos, Andre se acercó a despertarme para pedirme que la acompañara al baño. Me asusté, pero igual fui con ella. Detrás de un mueble había una cajita y, dentro, un arsenal de pistolitas de agua llenas. Nos vimos las caras, agarramos dos cada una y nos fuimos donde el pícaro durmiente. Comenzamos a lanzarle chorros

de agua y Ale se despertó pegando gritos: «iiiNooooo, eso no es agua, es miao, es miao!!! iiiMamaáááááá!!!».

Abrí y vacié todas las pistolitas antes de partirlas y botarlas, pero antes, Alejandro se bañó en su propio caldo.

Floras Ovalles Villegas

Ramón y Brenda

Él era flaco y amanerado, quizás por esa razón no tuvo piedad para lanzarle la bomba desde el segundo piso del pequeño y antiguo edificio.

Ella era una mujer joven, muy ancha y morena que, en las vacaciones, venía a visitar a su familia que vivía en el interior del país. Tenía un afro enorme, como el de Pablo Milanés en los años setenta.

La bomba le estalló en la espalda y quedó empapado. De su camisa blanca y larga chorreaba el agua y caía sobre sus pantalones y en la acera.

Todos los muchachos del barrio vimos aquella escena y cómo ella, luego de ver los resultados de su tiro preciso, se escondió en el balcón del apartamento, mientras se tapaba la boca de la risa.

Pero Ramón la había visto también. Era la gorda negra que venía de Caracas y a quien él tanto detestaba porque, desde el primer día que llegó al barrio, le hacía bromas pesadas porque era muy flaco.

Cuando lo vimos alejarse del lugar, pensamos que ahí quedaría todo. Pero a los minutos volvió con la misma camisa mojada, pegada al delgado cuerpo.

Llegó al edificio, tocó el timbre del apartamento y llamó a Brenda, que así se llamaba la morena. Ella bajó y abrió la puerta de hierro con retadora altanería, a ver qué iba hacer la «lombriz con piernas», como ella misma le decía.

En ese momento Ramón, que también era muy alto, levantó su brazo, aplastó un huevo crudo sobre la cabeza de Brenda, y luego le vació harina de trigo sobre su enorme afro.

Los muchachos que presenciamos aquella secuencia de imágenes, reímos, pero Brenda, no. Ella se metió al edificio, llorando. Nunca la volvimos a ver por la cuadra.

Félix Gutiérrez Canelón

Era martes de carnaval

En casa acostumbrábamos a jugar con agua durante los días de carnaval. El primero que mojábamos con la ponchera de agua, tenía como penitencia hacer lo propio con nuestro padre o madre, los más renuentes al juego. Eso era una competencia de valentía porque, si uno de ellos tenía malas pulgas, se terminaba la celebración. Por eso siempre tratábamos de mojar antes al más pequeño, el consentido.

Ese día, mi papá se nos escapaba por la puerta de salida. Al abrirla, Juancito lanzó el agua, con tan mala suerte, que le cayó a un vecino que pasaba por la calle, pues papá logró esquivar ágilmente la mojada.

El hombre se fue furioso para su casa y volvió armado. Papá lo desarmó y lo metió a la casa. Al salir, el vecino estaba completamente empapado, con una expresión de susto. Papá le dio la mano y le entregó el arma sin balas.

Aquel día todos nos mantuvimos en silencio mientras secábamos la casa.

Carmen Beatriz Pacheco

Chancletas cambiadas

En este carnaval tuvimos la grata visita de un amigo de la comunidad vecina. Llegó muy alegre a invitarnos a participar en las actividades que se preparaban para las fiestas carnestolendas. La visita transcurrió entre café y torta como aperitivos, mientras conversábamos animadamente.

Despedimos al vecino, mientras mi esposo y yo seguimos con nuestras labores diarias. Más tarde, cerca de las 9:00 de la noche del mismo día, me acerqué a la habitación y me fijé en unas chancletas que nunca había visto antes.

No pregunté porque pensé que eran de Wolfgang y que las había sacado de las tantas maletas que tiene guardadas. Nos acostamos y, al siguiente día, al despertar, recibimos la llamada del vecino que nos visitó el día anterior, diciéndonos que se había sentido un tanto extraño porque, cuando caminaba, no se sentía cómodo.

Así nos dimos cuenta de que se habían intercambiado las chancletas y cada uno caminó, sin saberlo, con las del vecino. «¡Cosas del carnaval!», exclamó Wolfgang.

Todavía no ha venido a buscarlas.

Eglée Herrera Trompetero

Noche de desvelos

...Y entre las tantas horas de dolor salpicaron las lágrimas. Ellas hablaban de nostalgia, de canciones infinitas...

Caminé hacia el mar, desnuda ante la luna; sin mi disfraz de carnaval que estrené aquella noche, noche de desvelos. Disfraz que fue rasgado con violencia.

Vi cómo las estrellas iluminaron mi desnudez y sentí pudor ante la noche que me embriagaba de dolor. Vi cómo fue acuchillado el payaso que quiso violarme. Así, se vistió de diablo con su propia sangre.

Un ángel perpetró la venganza; él iba de blanco, con alas confeccionadas por su madre costurera, con plumas plateadas, impecablemente largas y breves, tan suaves como el sueño de un bebé.

El alado ser abrió sus alas y voló sobre mí. Desapareció en el rayo de luna que se bañaba en el mar. Me dejó desnuda en la tempestad de aquella noche.

Teresa Ovalles Márquez

microBiografías

Eglée Herrera Trompetero: Periodista, locutora y docente universitaria. Amante del verbo y la palabra.

Benigno Villegas Méndez: Periodista, cronista y apasionado de la historia cotidiana.

Flora Ovalles Villegas: Pedagoga, actriz, narradora oral, enamorada de la escritura, la lectura y escucha de cuentos.

Nelson Ures Villegas: Docente y poeta, cultivador de amistades y sembrador de tradiciones.

Teresa Ovalles Márquez: Periodista de larga experiencia, aprendiz de escritora de cuentos en prosa.

José Matheus Briceño: Periodista, conductor de programas de televisión. Amante de la salsa brava y de la palabra viva.

Fanny Salom Arcila: Periodista, locutora y ferviente enamorada de la palabra fecunda.

Andreína Alcántara Hernández: Periodista y docente, cultivadora del cuento breve y de la prosa humorística.

Félix Gutiérrez Canelón: Periodista, aprendiz de editor y escritor de cuentos. Amante de la palabra y los libros.

Marlenis Castellanos Querales: Periodista, especialista en Gestión de Información y doctora en Gerencia Avanzada. Ferviente admiradora de la buena literatura.

Glexsy Ynsú Dugarte: Periodista, abogada dedicada a la planeación académica universitaria y amante de la conversación cercana.

Mariangélica Delgado Vilera: Escritora creativa. Correctora editorial, guionista y narradora literaria. Madre soñadora, amante de la palabra.

Myriam Collantes de Terán Martínez: Filóloga hispánica, profesora de español y correctora. Hacer nuevas amistades a través de la cultura es una de sus pasiones.

Artidoro Gracia Vilches: Arquitecto mexicano egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado tres libros de poemas y relatos. El sentido del humor es uno de los principales aliados de su escritura.

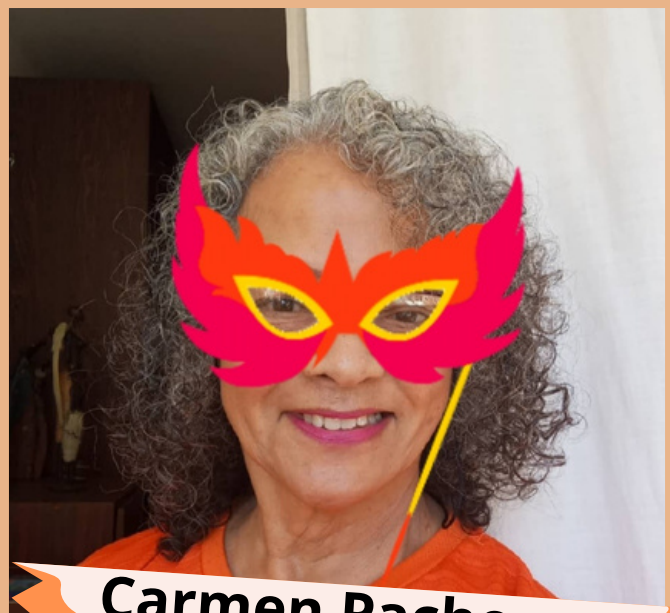
Miguel Pepe Rodríguez: Horticultor, las plantas ornamentales y la crianza de animales son su pasión, junto con la lectura y la escritura.

Hamlin Jordan Smith: Economista y docente universitario, doctor en gerencia. Actor de teatro, seguidor de la obra de Mario Benedetti.

Zuraya Ramírez Dala: Docente con maestría en Educación. Autora de libros de semblanzas de sus ancestros familiares. Fue una enamorada de la buena escritura hasta sus últimos días de vida.

Carmen Beatriz Pacheco: Escritora de cuentos y poemas. Adora la lectura, el canto y pintar murales.

Gonzalo Fragui: Poeta, narrador, periodista y editor. Autor de diversos libros de poesía, como *La hora de Job*, *Epistolario* y *Obra poética* (1989-2004), así como de narrativa *Cronopioscopio*, *Minitaurus*, *Ebriedades* y *El escorpión de Cera*, entre otros. Ha ganado bienales literarias y participado en múltiples eventos nacionales e internacionales de escritura.



Carmen Pacheco



José Matheus



Eglée Herrera



Teresa Ovalles



Nelson Ures



Flora Ovalles



Marlenis Castellanos



Gonzalo Fragui



Glexsy Dugarte



Miguel Pepe



Myriam Collantes



Artidoro Gracia



Andreína Alcántara



Félix Gutiérrez



Zuraya Ramírez



Hamlin Jordán



Mariangélica Delgado




Benigno Villegas



Fanny Salóm

AUTORES



Las fiestas en homenaje al Rey Momo constituyen una temporada en la que se pone de manifiesto nuestro espíritu más festivo, mostramos con disfraces los personajes de la historia en los que nos proyectamos y, en otras ocasiones, los alter ego.

También forman parte del espíritu de este tiempo las pintorescas fiestas de carnaval de pueblos y ciudades de la niñez, la juventud o época adulta; los desfiles de carrozas y comparsas, los disfraces y el infaltable «juego» con agua, muchas veces sustituida por otras sustancias menos cándidas.

Estos contextos componen el abanico de la nueva publicación de nuestro laboratorio narrativo, que cuenta con veinticuatro historias contadas por diecinueve autores a través del grupo de mensajería instantánea microRELATOS, plataforma a través de la cual operamos. Esperamos que estas nuevas historias relatadas por los integrantes de nuestro laboratorio narrativo sean del goce pleno de los lectores.

